



Fotografía: José Garrido

Francisco de Goya y Lucientes

(Fuendetodos, 1746–Burdeos, 1828)

La muerte de San Francisco Javier

1771–1774. Óleo sobre lienzo

Historia de la obra

El 3 de diciembre de 1552 fallecía Francisco Javier, misionero navarro miembro del grupo precursor de la Compañía de Jesús y que sería canonizado como San Francisco Javier. Destacó por sus misiones en India y oriente asiático y recibió el sobrenombre de Apóstol de las Indias.

Pintura realizada para la devoción particular de los familiares del pintor que evidencia la devoción que por tradición siente la familia hacia el santo cuyo nombre es muy común entre los Lucientes y que el propio pintor pondría a su hijo. En 1926 fue adquirida a una descendiente de la familia Lucientes, desde entonces ha viajado a distintas exposiciones mostrándose por ciudades como Madrid, Venecia, Londres, París, Ponce (Puerto Rico) o Nagasaki (Japón).



Dibujo de Nicola Bertuzzi (Ancona, 1710 – Bolonia, 1777)

Análisis artístico

El cuadro nos muestra, justamente, el momento de su muerte en la isla de Shangchuan, cercana a las costas de China, en la que habría recalado, procedente de un viaje de evangelización a Japón, en una nave portuguesa. La escena se basa en una de las varias narraciones biográficas del santo, siendo muy similar en su composición a un dibujo realizado por Nicola Bertuzzi donado por fray Vicente Pignatelli a mediados del siglo XVIII a la escuela de dibujo de Zaragoza donde Goya se formó en un principio.

Goya nos muestra la condición de peregrino del santo por el bordón o bastón de peregrino, que se aprecia parcialmente en la parte decorada con botones del mismo tras su espalda, y la esclavina de su hábito negro de jesuita, adornada con la típica concha venera. Un pequeño cangrejo rojo a su lado rememora la leyenda del pequeño crustáceo que recuperó el crucifijo del fondo del mar que el misionero había perdido durante una tempestad y que aparece en sus manos.

La referencia a tierras lejanas nos la da una de las dos embarcaciones representadas, similar a un junco oriental, mientras la otra aludiría a la embarcación occidental que le llevaría hasta la isla donde falleció.

El santo se encuentra tumbado a la orilla del mar, bajo un cobertizo, descalzo y mirando hacia arriba encontrando un mundo celestial que prolonga el remate del cobertizo en una gran cruz y desde el que dos ángeles lo observan. Goya diferencia el mundo terrenal del celestial a través de la luz, siendo más cálida la celestial y más fría la terrenal. Este detalle, junto con la serenidad que transmite su mirada, revela la aceptación del final del viaje terrenal y el inicio de un tránsito de su alma inmortal a un lugar mejor.